

Capítulo II

FUNDAMENTOS DE LA DIVINA PROVIDENCIA

El fundamento primero de la Providencia de Dios es su amor cálido y personal por cada uno de nosotros, que Cristo nos revela en su Evangelio. Su Buena Nueva es que tenemos un Padre que nos conoce, nos ama y tiene un plan de amor para cada uno de nosotros, en forma particular. El Dios providente es infinitamente sabio, poderoso y rico en misericordia.

Esta enseñanza está contenida en forma inequívoca en la Sagrada Escritura y representa el núcleo del mensaje de Cristo: Dios es nuestro Padre. El Señor usa variadas imágenes –los pájaros del cielo, los lirios del campo, etc.–para inculcarnos esta verdad y movernos a depositar toda nuestra confianza en el Dios Providente.

El P. Kentenich insiste una y otra vez en la necesidad de tomar en serio lo que el Señor nos trata de inculcar a través de imágenes y parábolas:

¡Cuánto interés del Padre Dios por cada uno! ¿Quién es este "cada uno"? Soy yo. Este individuo, con todas sus particularidades, soy yo. Y esto se lo decimos a los hombres de hoy, y se nos predica desde todos los tejados: el hombre no soporta la existencia si no es querido, si no es objeto del amor.

1. Textos bíblicos sobre la Providencia divina

TEXTOS IMAGEN DE DIOS PADRE EN EL NUEVO TESTAMENTO

33

La imagen neotestamentaria de Dios tiene marcados rasgos paternos. Esto lo hemos tratado con tanta frecuencia y profundidad a lo largo de decenios, que basta con hacer sólo una mención. Se ha hecho carne y sangre en nosotros la tarea del Señor de revelar esos rasgos a sus atónitos oyentes y a su séquito, y de sumergirlos, de una manera misteriosa, en su propia filialidad.

En su oración sacerdotal, repasa toda su vida y da testimonio ante su Padre celestial: “Yo he proclamado tu nombre a los hombres” (Jn 17,6), tu nombre de Padre. Tal como siempre todo giró en torno al Padre, –en la oración, en el trabajo y en el sufrimiento– así también atrae a todos los que le siguen hacia esa corriente de amor al Padre. Así lo hizo durante el transcurso de su vida. Así también lo hace ahora en la liturgia y a través de mociones interiores del Espíritu Santo.

Nadie llega al Padre si no es por él³⁴. Sólo entonces ha cumplido su misión, cuando todos los elegidos encuentran vitalmente, en su ser y en su actuar, el camino hacia el Padre. El pone el nombre del Padre en los labios y en el corazón de los suyos y les enseña a rezar: “Padre nuestro...” (Mt 6,9).

Por eso, con gran entusiasmo y mediante coloridas imágenes, anuncia no sólo el mensaje de la Providencia general del Padre, sino también, y sobre todo, de su Providencia particular. La Providencia general era conocida por sus oyentes, que habían pasado por la escuela del Antiguo Testamento. No era novedad para ellos que Yahvé se preocupara de toda la creación, que alimentara las aves del cielo y vistiera los lirios del campo. Ellos sabían que Israel era el favorito de Yahvé, su pueblo elegido. También conocían suficientes casos de su historia, en los

³⁴ Cf Jn 14, 6; Mt 11, 27; Lc 10, 22.

cuales había actuado la Providencia particular. Sólo tenían que pensar en los patriarcas y en los profetas. Con cuánta frecuencia se había repetido, en el curso de los siglos pasados, de una u otra forma, lo que la Sagrada Escritura cuenta de Moisés: “que el Señor le habló cara a cara, como un hombre le habla a sus amigos” (Ex. 33,11).

Pero para ellos era algo nuevo que el Padre estuviera altamente interesado por cada pequeñez de cada ser humano y que se preocupara paternalmente de éste, de tal modo que ni un cabello cayese de su cabeza sin su conocimiento y su voluntad, sin su intervención.

Éste es el mensaje de la divina Providencia particular; es decir, de la divina Providencia individual, que nos señala que Dios no sólo abarca el gran acontecer mundial con todas sus leyes; que conduce sabiamente todo hacia una meta grande y planificada; que tiene en la mira no sólo a algunos conductores del pueblo, sino que, conjuntamente y de igual modo, se preocupa con gran cuidado de cada persona en particular. (*Studie*, 1952/53)

EL PADRE SABE LO QUE CADA PERSONA NECESITA

“Vuestro Padre sabe lo que ustedes necesitan, antes de pedirselo” (Mt 6,8). ¿Qué debemos presuponer al escuchar estas palabras? Toda la doctrina de la divina Providencia. Dicho de modo más exacto, se trata de la doctrina que nos dice que el Padre Dios ha proyectado un plan —expresado en forma humana— en que ha sopesado todo en forma cuidadosa... ¿De qué modo he sido creado? ¿Cuáles son los distintos caminos del destino en mi vida? Todo esto está previsto. Si yo digo: “predeterminado”, entonces, de todos modos, debo decir “predeterminado” en un recto sentido. Todo previamente planeado, todo previsto, todo predeterminado; pero también, y al mismo tiempo, predeterminadas las gracias que se ponen a mi disposición para tener la capacidad de descubrir este plan en detalle. Pero no sólo para descubrirlo, sino también para realizarlo.

TEXTO

34

Escuchen, entonces, nuevamente: “El Padre sabe...” Y es así porque él lo planeó todo por sí mismo, porque todo lo previó y porque tiene en su mano la realización hasta en el menor detalle. Él conduce mi vida. Pienso que deberíamos grabarnos la frase: “conducción de mi vida”. Él la conduce y la ha conducido. Y por eso –cuando esto así sucede, como consta teológicamente– podemos comprender la frase: “El Padre sabe lo que ustedes necesitan”. Él lo sabe, él ha establecido que yo necesito tal cosa y él está dispuesto a dármelo todo. Es por eso que agrega: “sin que se lo pidan”... Por lo tanto, yo no necesito decirle que me falta algo; no debo hacerle ver que ahora lo necesito. Esto es algo evidente en sí mismo...

Otras formulaciones van aún más lejos. Ponen en primer plano, más intensamente, algo que a los oyentes de aquel entonces también les era extraño: Dios no se preocupa sólo del pueblo elegido. Sus oyentes, por el contrario, estaban convencidos de este pensamiento: Israel es el pueblo elegido. Esta fe iba tan lejos que los israelitas pensaban que los demás pueblos no eran objeto de su Providencia y de su amor. ¡Pueblo elegido! Pero el pueblo en su conjunto, no cada uno en particular. Esto deben tenerlo presente como telón de fondo y entonces comprenderán lo que significa: el Padre no sólo se preocupa del pueblo de Israel en su conjunto, no sólo de cada israelita en particular, no sólo se preocupa de cada miembro del pueblo de Israel, de cada pequeñez, sino que, aún más allá, se preocupa de todo lo creado, y especialmente de todos los hombres. No hay nada en mi vida, ni lo más mínimo, que no esté contemplado en este plan.

Él se preocupa de cada pequeñez que atañe a cada uno y que hay en cada uno. Presupongamos esto y entenderemos de inmediato las enseñanzas que el Señor nos quiere impartir.

(Exerzitionen für die Schönstatt-Patres, 1967)

DOS GORRIONES POR UNA MONEDA

TEXTO
35

Cristo se expresa en forma práctica (él, por lo demás, usa descripciones muy populares, se adapta al pueblo, es decir, a sus oyentes) y dice: “¿No se venden dos gorriones por unas monedas?” (Mt 10,29). No es difícil trasladarnos a las circunstancias de entonces. Evidentemente, para la mentalidad de esa época, si no nos equivocamos, y quizás más que en la actualidad, el mundo de los pájaros tenía escasa importancia. No se trata sólo de que se pueda comprar dos gorriones por una moneda, sino que lo más importante, lo más esencial, es que “ninguno de los gorriones cae al suelo sin el consentimiento del Padre”. ¿Puede expresarse esto en forma más sencilla? De modo que de estos seres insignificantes, de los que nadie se preocupa, se preocupa el Padre, y ninguno cae al suelo sin que así esté en el plan del Padre. “¿Cuánto más se preocupará de vosotros!”.

(*Exerzitien für die Schönstatt-Patres*, 1967)

TODOS LOS CABELLOS DE LA CABEZA ESTÁN CONTADOS

TEXTO
36

“Pues, de ustedes, hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados.” (Mt 10,30). ¿Qué significa esto? Dios debe ser un estupendo contador. Él conoce, por lo tanto, todos y cada uno de los cabellos de mi cabeza. Los exégetas acostumbran a explicar la frase: “Todos los cabellos de la cabeza”, diciendo que se trata de esos pequeños vellos que tenemos comúnmente en el cuello, es decir, ni siquiera los cabellos de la cabeza, sino que esos pequeños vellos en el cuello; de eso se trata. Si esto es así... así debe ser... ¿O se trata solamente de una imagen cualquiera? Y si fuera sólo una imagen, entonces la imagen es en verdad suficientemente explícita. Si esta imagen tiene un valor simbólico, entonces, nuevamente, en la práctica sólo puede significar: Dios es Padre, se preocupa de mí, él sabe de mí. Y todo lo que se realiza en mi vida, él lo previó y lo planificó. Pero todo por amor, para el amor y a través del amor. Todo esto debe reforzar mi vinculación amorosa a él. (*Exerzitien für die Schönstatt-Patres*, 1967)

TEXTO LOS LIRIOS DEL CAMPO

37

Una última enseñanza va en la misma dirección. Se nos llama la atención con un nuevo ejemplo de la vida práctica. Dice que observemos cómo el Padre viste a los lirios del campo y cómo cuida de los pájaros del cielo. Salomón, en todo su esplendor, no se vestía como los lirios del campo (cf. Mt 6,28). Los pájaros del cielo no siembran ni cosechan; están solamente entregados a la divina Providencia, y el Padre se preocupa de todos ellos, sin excepción.

Nuevamente, debemos tener en cuenta la disposición espiritual de los oyentes de ese entonces. Nunca habían ido tan lejos en su pensar y en su visión de los planes de Dios. Retengan esto: El pueblo de Israel es objeto del amor, de la conducción y disposición especial y tierna de Dios. Y en él no sólo los hombres, sino los lirios del campo, los pájaros del cielo. En verdad, debemos entender que se trata de una imagen, de la cual hemos destacado sólo una cara. También hay otro aspecto: los pájaros no se preocupan. Pero, con cuánta frecuencia sucede que el Padre Dios no se preocupa... ¡Cuántos mueren! Por lo tanto, deben tomar en cuenta el lado serio de la imagen. Estos casos están previstos en el plan. Al igual que la preocupación, también "la falta de preocupación" pertenece al plan de Dios, al gran plan universal de Dios.

Me parece, por lo tanto, que, al escuchar la enseñanza del Señor, sentiremos cuán cierto es todo esto y cómo ha correspondido, cómo corresponde hoy y siempre a los planes de Dios. (*Exerzitien für die Schönstatt-Patres*, 1967)

TEXTO LA DRACMA PERDIDA

38

Ya que se trata de una enseñanza importante y de que el Señor tiene la costumbre de repetir tales enseñanzas, no nos extraña que también use imágenes para que las profundicemos. ¿Qué imágenes? Solamente nombraré algunas.

Pensemos en el ejemplo de **la dracma perdida** (Lc 15, 8-10), el ejemplo del **hijo pródigo** (Lc 15,11-32), el ejemplo de **la oveja**

perdida (Lc 15,1-7). ¿Qué tienen todos ellos en común? Es aquello que tanto le importaba al Señor, y lo que él quería grabar en quienes, en aquel tiempo, lo escuchaban con otra manera de pensar. En todos estos ejemplos se trata siempre de un individuo. ¿Qué es, entonces, lo que él quiere recalcar? Que el interés del Dios eterno por cada individuo no es algo casual.

Si a esto oponemos ahora todo lo que dijimos ayer del hombre tecnificado, del hombre colectivista, que debe sacrificar su libertad y su espiritualidad, ¡cuán diferente suena esto, entonces! Cuán importante es que escuchemos de nuevo del Señor estas cosas, ahora que el mundo se sumerge más y más en el abismo de un espantoso colectivismo, indigno del hombre.

Interpreten ahora las imágenes. Si pensamos, por ejemplo, en la dracma. Aun cuando no seamos unos maestros en economía, podemos entenderlo. Si se pierde una dracma, ¿qué no hace la dueña de casa, que la ha perdido? Da vuelta toda la casa hasta que encuentra la dracma. ¿No sería tal vez más provechoso, desde el punto de vista económico, que deje eso y se dedique a trabajar y a negociar en forma diligente? Vean cómo aquí la sabiduría humana es conducida al absurdo. ¿Por qué? ¿Quién es la mujer que perdió la dracma? Es el Dios vivo que perdió a uno de sus hijos. ¿Y qué hace? Sí, ¿qué hizo la mujer? Dio vuelta la casa. ¡Cuánto interés del Padre Dios por cada uno! ¿Quién es este “cada uno”? Soy yo. Este individuo, con todas sus particularidades, soy yo. Y esto se lo decimos a los hombres de hoy, y se nos predica desde todos los tejados: el hombre no soporta la existencia si no es querido, si no es objeto del amor. (*Exerzitien für die Schönstatt-Patres*, 1967)

LA OVEJA PERDIDA

Examinen otros ejemplos de la misma manera. Probablemente será bastante fácil hacerlo. Si pensamos, por ejemplo, en esa oveja. Debo dejar noventa y nueve en el desierto, para ir a buscar sólo a una. ¿No debo temer que llegue el lobo? En éste y otros ejemplos, se expresa un gran pensamiento: ¿Qué

no hace el Padre Dios, cuando se trata de la preocupación por cada uno! Yo soy ese alguien, soy yo mismo. (*Exerzitien für die Schönstatt-Patres*, 1967)

2. Cristo revela la Providencia de Dios Padre

Todo el mensaje de Cristo tiene un carácter marcadamente patrocéntrico. Cristo es la imagen viva de Dios Padre. Él procede del Padre y es el camino que nos conduce al Padre. Por ello, sólo es posible vivir plenamente la fe en la divina Providencia en la medida que Cristo Jesús esté en el centro de nuestra alma.

La Providencia del Padre la encarna el Señor, nos la revela por su palabra, pero, especialmente, en su propia persona. Su amor, su cuidado por nosotros, su cercanía, su compasión, su poder y misericordia encienden nuestra fe y nos conducen a la entrega filial a la voluntad de Dios Padre. Afirma el P. Kentenich:

En verdad, el Señor posee un corazón auténticamente humano, que tiene una sensibilidad tierna y cariñosa y que no escatima sorpresas ni atenciones... Así podríamos y deberíamos también nosotros—expresándolo humanamente—figurarnos el interés personal que tiene el Padre celestial por cada individuo, como lo supone la doctrina de la Providencia divina especial.

Cristo encarna el amor tierno y atento de Dios por nosotros.

Si queremos ser hijos de la Providencia, es preciso adentrarnos más y más en el misterio del Verbo Encarnado.

Al Señor lo acogemos y comprendemos en la medida de nuestra fe. Tal como la conducción del Padre es misteriosa, también el ser y el actuar de Cristo entrañan un misterio. Es la luz del Espíritu Santo que ha sido infundida en nuestros corazones, la que nos permite adentrarnos en el misterio de la conducción del Padre Dios y del Dios Hecho Hombre. Es el Espíritu Santo quien nos permite descubrir y rastrear los designios del Señor.

En este camino nos sale al encuentro el amor "maternal" de Dios en María, Madre y Reina de misericordia, refugio de los pecadores, vida, dulzura y esperanza nuestra.

CRISTO, VIVA IMAGEN DEL PADRE

TEXTO
40

La figura luminosa y amante de Dios se nos acerca de un modo especial en la imagen de su Hijo. "El Padre vive en la luz inaccesible" (1Tim 6,16). "Nadie ha visto al Padre, excepto aquel que procede del Padre" (Jn 6,46). El Padre está completamente oculto a nosotros. Únicamente sabemos de él por el Hijo, tanto por su palabra como por su ser y su actuar.

El Hijo es la única revelación plenamente válida del Padre. Por eso, también puede decir: "Quien me ve a mí ve al Padre" (Jn 14,9). Y la liturgia nos hace rezar y cantar: "*Ut per amorem visibilium ad amorem invisibilium rapiamur*"³⁵. Cuanto más aprendamos a conocer y amar al Hijo, tanto más entenderemos los rasgos del Padre celestial (...)

Cuántas veces hay que repetir las palabras de la Sagrada Escritura: "En medio de vosotros está Aquél a quien no conocéis" (Jn 1,26). Tantos hombres huyen de Dios porque huyen de Cristo. Muchos católicos, sacerdotes y religiosos, tienen una concepción parcial, desfigurada y estrecha de Dios, porque no conocen a Aquél a quien él ha enviado... Por ello tampoco comprenden cuando él interviene de una manera verdaderamente paternal, cuando nos hace sufrir, cuando nos hiere, cuando nos envía desengaños, sufrimientos, persecuciones de toda índole... A quien vive enteramente de la filiación divina, no le es difícil repetir, en tales casos, las palabras de san Francisco de Sales, atribuidas a un niño que debía ser operado por su padre médico. En medio del intenso y agudo dolor, en medio de lágrimas, expresa un solo gemido: "¡Padre, cuánto me amas...!"

³⁵ Para que por el amor a lo visible seamos atraídos al amor de lo invisible.

¿Por qué les digo todo esto? Ustedes me responderán: éstas son cosas sabidas que ya las hemos oído muchas veces. ¿Qué puedo replicar? Esperen a encontrarse con personas que padecen de tal modo que, diariamente, están en peligro de sufrir un quiebre total. Entonces, comprenderán por qué deseo inculcarles siempre de nuevo estas importantes verdades. (*Sponsa Gedanken*, 1942)

TEXTO EL AMOR ENCARNADO

41

El que creó nuestra naturaleza conoce sus necesidades mejor que nosotros. Y su sabiduría y su amor conocen los medios y los caminos para satisfacerlas, en tanto que su omnipotencia realiza lo que ha ideado la sabiduría y el amor. Él hizo que su Hijo bien amado tomara la naturaleza humana, con todas sus inclinaciones y pasiones humanas nobles, para convencernos a los hombres y mostrarnos que, a pesar de su preocupación sin límites por la totalidad del acontecer mundial; pese a la abundancia de sus infinitas perfecciones; pese a la incorruptibilidad y la inexorabilidad de su verdad y su justicia y a la integridad de su santidad; pese a abarcar en su amor todo lo creado, tiene un hondo y cálido afecto por cada uno y se interesa personalmente por cada pequeñez e insignificancia nuestra.

*“Et Verbum caro factum est et habitavit in nobis”*³⁶ (Jn 1,14). En el Dios hecho hombre, su interés misterioso e íntimamente personal por cada uno experimentó una encarnación, un reflejo a nivel de los sentidos, difícil de imaginar para nosotros, debido a su ser espiritual e inmutable. El Unigénito, que nos muestra el rostro del Padre eterno vuelto a nosotros, nos revela de una manera sensible y cercana, de un modo auténticamente humano, cómo debemos entender, de manera también humana, el interés del Padre Dios por cada uno de nosotros. (*Sponsa Gedanken*, 1942)

³⁶ “El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros”.

UN AMOR TIERNO Y ATENTO

TEXTO
42

El interés personal de Dios por nosotros posee principalmente dos características: es infinitamente atento e infinitamente delicado. Esto quiere decir: el Padre nos regaló en su Hijo un espejo en el cual se refleja y se hace comprensible su amor paternal, infinitamente tierno y atento, aunque no podamos comprender cómo se conjuga esta honda inclinación de Dios hacia cada uno con el resto de sus atributos. (...)

Quien desee estar poseído en forma objetiva por el amor personal y el afecto de Dios, no debe conformarse con estas reflexiones abstractas y filosóficas; tampoco deben bastarle las enseñanzas de la Sagrada Escritura acerca de la divina Providencia especial; tampoco debe bastarle el usual, cuidadoso y constante recordar y gustar la misericordia personal de Dios en la propia vida y en la historia de la Familia. Tiene que avanzar y, así, comprender, gustar y corresponder a la cálida presencia viva del Cristo providente, como expresión humana concreta del amor paternal de Dios. Es como si Cristo también nos dijera, en este sentido, las palabras: “El que me ve, ve al Padre” (Jn 14,9); “Nadie viene al Padre si no es por mí” (Jn 14,6). Nadie entiende el amor personal, interesado e individual del Padre si no lo ve reflejado en la imagen del Hijo.

La enfermiza sensibilidad moderna encontrará chocante la expresión “tierno”, aplicada al Señor y a su relación con la humanidad. Prefiere, en caso necesario y de no haber otra forma, hablar de la ternura del amor. Pero nosotros utilizamos expresamente la palabra “tierno” –con una mirada de soslayo hacia dicha actitud defensiva– en parte, porque expresa mejor lo que quiere decir y ayuda a superar falsos conceptos sobre Dios y el Hijo de Dios, y, en parte, porque hace que nosotros, hombres modernos marcados por el colectivismo, atendamos a ello en forma más incisiva. El filósofo reconoce fácilmente en “tierno” el amor afectivo, y en “atento” el amor efectivo. De aquí brota una luz clara sobre la devoción al Corazón de Jesús para todos aquellos que quieran ser maestros, ejemplos

y apóstoles de la fe práctica en la Providencia. Ciertamente que ellos deben, de acuerdo con la ley del traspaso orgánico, ascender del corazón divino de Cristo hacia el Padre.

Según lo dicho, corresponde sumergirse amorosamente en la vida del Señor y detenerse en aquellos rasgos que dejan ver claramente la ternura y la atención de su dedicación personal. (*Studie*, 1952/53)

TEXTO

43

SOLICITUD DEL SEÑOR HACIA EL INDIVIDUO

Para mostrar, siquiera con algunos ejemplos, cuán fina sensibilidad humana tiene el Señor y cuán atento se muestra en el trato con los hombres, es recomendable observarlo en su relación con sus amigos... Naturalmente, sólo puede tratarse de algunos destellos que estimulen nuestra iniciativa y nuestro deseo de descubrirlo y de conquistarlo, para que nos conduzcan al terreno fértil de una fuerte corriente paternal o providencialista.

El hecho de que el Señor, dueño del cielo y de la tierra, que sostiene firmemente en su mano el cetro de la dirección del mundo, sea capaz de inclinaciones y sentimientos de amistad, nos impresiona hoy en forma extraordinariamente grata, pudiendo hasta parecer sorprendente para algunos.

La Sagrada Escritura, en todo caso, a través de su magistral profusión de detalles, facilita el que nos emocionen ciertos rasgos singulares. Así, nos habla de aquellas lágrimas que derramó el Señor de una manera genuinamente humana por la suerte de Jerusalén (Lc 19,41); de cómo trató a Pedro antes y después de su caída (Lc 22, 34; 22,61); de su conducta frente a Juan (cfr. Jn 13,23) y de su trato a Tomás cuando éste dudó (Jn 20,27-29). En ocasiones, deja igualmente traslucir, en forma auténtica, su actitud para con las mujeres...

Especialmente significativos son sus vínculos con Lázaro y las hermanas de éste. Permítasenos aquí detenernos un poco más, ya que lo hace también la Sagrada Escritura. Esta escena, cau-

tivadoramente hermosa, queremos describirla mediante estas palabras claves: las lágrimas de Jesús en la tumba de Lázaro y, como texto aclaratorio, agregar esta breve descripción de Juan: “Dijo Jesús: ‘¿Dónde lo pusieron?’. Y le respondieron: ‘Señor, ¡ven a ver!’ . Y Jesús lloró . Entonces dijeron los judíos: ‘¡Miren cómo lo amaba!’ ” (Jn 11, 33 ss.).

Al mismo tiempo, admitimos de buen grado que, para el limitado pensamiento humano, el desarrollo externo de los hechos está lleno de acertijos difícilmente descifrables, que se condensan en un misterio impenetrable cuando pensamos en el carácter divino de su persona, cuando nos preguntamos: ¿cómo pudo él, como Dios, ser siempre feliz y, al mismo tiempo, llorar por ser hombre? ¿Cómo pudo ser omnisciente e ignorante a la vez?... Así, Aquél que ha de revelarnos el misterio del Padre, está ante nosotros encubierto, a su vez, por el velo de un misterio. Y su Madre, como *Speculum iustitiae* (Espejo de justicia), ¿no está también rodeada, a su manera, de abundantes misterios? Así, no terminamos nunca de salir del mundo de lo incomprensible, en el cual sólo puede introducirnos la fe viva... Por eso, no debe sorprendernos que también la historia del mundo y nuestra propia vida estén llenas de cosas incomprensibles. (*Studie*, 1952/53)

JESÚS LLORA POR COMPASIÓN HACIA LOS HOMBRES

TEXTO
44

El Señor llora, llora realmente y no sólo en apariencia, como se podría creer, sino lleno de una emoción interior. ¿Qué es lo que lo conmueve al punto de hacerlo prorrumpir en llanto? Es, por de pronto, un motivo genuinamente humano: la compasión con el duelo del entorno, triste y plañidero... Al igual que nosotros, pues se deja contagiar con sus lágrimas y sus lamentos. “Cuando Jesús vio —refiere la Sagrada Escritura— que María lloraba y que también lloraban los judíos que habían venido con él, ¡se conmovió en su espíritu y se afligió!” (Jn 11, 33)

Newman, en una prédica para el Cuarto Domingo de Cuaresma, aborda este episodio y trata de hacerlo comprensible y de ponerlo en el contexto que aquí tanto nos interesa. Dice:

Está en la esencia más profunda de la compasión o del sentimiento compartido (la palabra misma ya lo indica) el “alegrarse con los que están alegres y llorar con los que lloran” (Rom 12, 15). Sabemos que así sucede entre los hombres; y Dios nos dice que él también conoce la compasión y está lleno de una misericordia conmovedora. Pero no es fácil comprender qué significa esto, porque, ¿cómo puede Dios alegrarse o apenarse? Precisamente, a causa de la perfección infinita de su ser, el Todopoderoso no puede mostrar ningún tipo de “compasión”, por lo menos no de acuerdo con el concepto que de ella tenemos los seres limitados. Él está oculto, pero, aun si nos fuera posible verlo, ¿cómo podríamos percibir en el Eterno e Inmutable las señales de la compasión? Él es pródigo con nosotros en palabras y en obras de compasión; pero es precisamente la mirada de compasión en el otro lo que nos impacta y nos consuela, aun más que sus mismas acciones. Ahora bien, nosotros no podemos ver la “simpatía” de Dios y, aunque el Hijo de Dios sintió por nosotros una compasión tan grande como la de su Padre, tampoco la demostró mientras permaneció en el seno paterno. Pero cuando se encarnó y apareció en la tierra, nos mostró la divinidad en una nueva dimensión. Se revistió de todo un nuevo conjunto de cualidades, que son propias de nuestra carne, en cuanto asumió un alma y un cuerpo humanos, para poder llamar suyos propios los pensamientos, sentimientos y emociones que corresponden a los nuestros y así estar en condiciones de mostrarnos su tierna misericordia. El amor de Dios, el corazón lleno de compasión del Eterno y Todopoderoso, se digna mostrarse a sí mismo en una

forma que nosotros seamos capaces de comprender, y que es a la manera de la naturaleza humana.

Jesús lloró, pues, no sólo a causa de la profundidad del pensamiento de su inteligencia, sino también por una delicadeza espontánea, por afectividad y misericordia, por una dulzura compasiva y llena de afecto, por la solicitud del Hijo de Dios hacia la obra de sus manos, hacia el género humano. Las lágrimas humanas lo conmovieron al instante, tal como lo conmoviera la miseria humana para que descendiera del cielo. Sus oídos estaban abiertos a ellas y la voz de las lágrimas halló de inmediato acogida en su corazón.

Newman intenta destacar, en esta ocasión, otros tres motivos para el llanto del Señor, a partir de una ingeniosa intuición de la situación en su conjunto. Los tres nos conmueven de una manera auténticamente humana... Por eso los agregamos.

El opina que el Señor dio un sentido simbólico a la muerte de su amigo Lázaro y gustó, estremeciéndose interiormente, toda la historia de la salvación, empezando por el pecado original, causa del sufrimiento y de la muerte y del consiguiente océano de desgracia y dolor que invade tumultuosamente los siglos.

Más aún, el Señor habría visto delante de sí y sufrido espiritualmente su propia muerte. El milagro de la resurrección de los muertos daría a sus adversarios el pretexto para llevarlo pronto a la tumba, de la cual libró a Lázaro su palabra todopoderosa.

Él sintió, dice Newman, que Lázaro debía vivir y que él debía morir... Y estaba consciente de que este vuelco total era obra de su propia decisión. Él había descendido desde el seno de su Padre para que su sangre fuera la reconciliación por todos los pecados; había venido para resucitar del sepulcro a todos los creyentes, tal como quería ahora resucitar a Lázaro; y

no resucitarlos sólo por un lapso de tiempo, sino por toda la eternidad.

Finalmente, estremece su interior y hace afluir lágrimas a sus ojos el pregustar la alegría que depararía a sus amigos la resurrección de los muertos.

Cristo había venido a realizar una obra de misericordia. Y, sin embargo, esto era un secreto de su corazón. Todo el amor que tenía a Lázaro estaba oculto para los demás. Él mismo sabía que lo amaba, pero ningún ser humano estaba en condiciones de poder decir cuán verdadero y profundo era ese amor. San Pedro, —cuando su amor a Cristo parecía dudoso— pudo arreglárselas para invocarlo, diciendo: “Señor, tú lo sabes todo, tú sabes también que te amo” (Jn 21,15-17). Pero Cristo no tenía ningún amigo en esta tierra que pudiera ser su confidente y, cuando sus pensamientos se volvían hacia Lázaro y su corazón se lamentaba por él, ¿no estaba acaso en la misma situación que José, quien, al ver delante de sí a sus hermanos, no por disgusto, sino desde la plenitud de su corazón y en su soledad en tierras paganas, “buscaba dónde poder llorar” (Gén 42,24), como si sus propias lágrimas fuesen sus mejores compañeras y poseyeran la fuerza de calmar una pena, que nadie podía compartir con él? ¿No estaba acaso en la misma situación que una madre que se inclina sobre su hijo y llora al pensar en su desvalimiento y en su insensibilidad ante el amor cuyo objeto es él mismo? Pero la madre llora también por su sensación de impotencia para protegerlo, sabiendo que el que hoy es un niño crecerá y tendrá que recorrer su propio camino y que, sea en beneficio de la tierra o del cielo, no dependerá de ella sino del Creador. Diferentes eran los pensamientos de Cristo, que le conmovían a su manera. Él sentía dentro de sí el poder de resucitar a Lázaro. Jesús lloraba, porque llevaba dentro de

sí un secreto –de beneficios, de favores que estaba en su poder dispensar– que pertenecía no sólo al pasado, sino también al futuro. Y nuestro Señor y Salvador sabía, mientras todos parecían estar muy tristes y desesperados, a pesar de las lágrimas y lamentos de sus amigos, a pesar de los cuatro días que tenía el cadáver, que él conocía una palabra que vence a la muerte y que él estaba a punto de pronunciarla. ¿Existe algo que emocione más que estar en condiciones de llevar una buena nueva a un amigo que se ha desmoronado bajo el peso de una mala noticia?

En verdad, el Señor posee un corazón auténticamente humano, que tiene una sensibilidad tierna y cariñosa y que no escatima sorpresas ni atenciones... Así podríamos y deberíamos también nosotros –expresándolo humanamente– figurarnos el interés personal que tiene el Padre celestial por cada individuo, como lo supone la doctrina de la *Providentia divina specialis*³⁷. (Studie, 1952/53)

EL AMOR DEL SEÑOR A LA LUZ DE SU ACTITUD FRENTE A JUDAS

TEXTO
45

La misma actitud que el Señor muestra con sus amigos, la manifiesta también en el trato con sus enemigos. De esto tenemos un ejemplo clásico en la forma cómo se conduce con Judas, el traidor (Jn 13, 21-30). Nuevamente es el Cardenal Newman quien, en su exposición introductoria –esta vez en una prédica para el Segundo Domingo después de Pascua– nos quita las palabras de la boca. Como en otros pasajes de nuestro estudio, tampoco aquí vamos a ser ahorrativos con las citas. Ellas deberán apoyar nuestras propias ideas y demostrar su espíritu genuinamente cristiano y eclesial; ellas quieren también destacar esos tesoros del pasado que son tan precisos como si hubiesen sido elaborados hoy, ya que responden tan claramente al problema de la masificación y despersonalización:

³⁷ Providencia divina especial.

Judas estaba en la oscuridad y odiaba la luz y ‘llegó a donde le correspondía’. Pero llegó allí no debido a ciertas predisposiciones naturales que conducen infaliblemente a un resultado, ni a consecuencia de un cruel destino que predestina a los malvados al infierno, sino por veredicto de un juez que lo conoce de pies a cabeza, que escudriña su interior para ver si brilla allí algún rayo de esperanza, algún oculto destello de fe; de un juez que, una y otra vez, habla con él y que, cuando al fin se ve forzado a darlo por perdido, se entristece por él, con el amor herido de un amigo y no con la severidad de un juez del mundo. Aquí tenemos, por ejemplo, la primera terrible advertencia. Un año entero antes de la traición, dice Jesús: “Yo mismo los elegí a ustedes. Y, sin embargo, uno de ustedes es un demonio” (Jn 6,70). Y más tarde, cuando ya se aproxima el momento, tenemos el más profundo acto de humildad frente a aquel que estaba a punto de traicionarlo y de convertirse en presa del fuego inextinguible: “Se levantó mientras cenaba, se quitó el manto, se ató una toalla a la cintura y echó agua en un recipiente. Luego se puso a lavarles los pies a sus discípulos” (Jn 13, 4-5). Judas estaba entre ellos. Luego, simultáneamente, una segunda advertencia o, más bien dicho, una triste queja, casi como dicha para sí mismo: “Ustedes están limpios, aunque no todos” (Jn 13,10). Y, enseguida, abiertamente: “En verdad, en verdad les digo que uno de ustedes me va a entregar... El Hijo del Hombre se va, como dicen las Escrituras, pero ¡pobre de aquel que entrega al Hijo del Hombre! ¡Sería mejor para él no haber nacido!” (Mt 26, 24). Judas, que ya lo había traicionado, replicó y dijo: “¿seré acaso yo, Maestro?”. Y Jesús le respondió: “¡Tú lo has dicho!” (Mt 26, 25). Finalmente, cuando, de hecho, es entregado por él, le dice: “Amigo, ¿a

qué has venido?”, y lo llama por su nombre: “Judas, ¿con un beso traicionas al Hijo del Hombre?” (Mt 26, 50; Lc 22, 48).

No haré ningún intento por conciliar su omnisciencia divina con esa aflicción especial y prolongada, con ese sentimiento personal hacia Judas. Quisiera solamente que la atención de ustedes se fijara en esto último, como en un ejemplo dado a nosotros por la revelación del Todopoderoso, de cómo se posa la mirada de su Providencia en cada uno en particular y de cómo él hace brillar su sol sobre malos y sobre buenos. De igual manera, en el Último Día no serán condenados, sin duda, los malvados y los impenitentes en forma masiva, sino que se presentará cada uno por sí mismo y en su lugar ante el Juez justo, ante la plena magnificencia de su rostro, será pesado cuidadosamente en la balanza y hallado demasiado liviano; allí donde la justicia de Dios reclama satisfacción, será tratado no precisamente con una debilidad blanda y vacilante, sino con todo esmero y, a la vez, con total exactitud por un Dios que, si pudiera, haría aún más abundantes de lo que son los frutos de su Pasión. (*Studie*, 1952/53)

LOS DISCÍPULOS NO SIEMPRE COMPRENDIERON EL AMOR DEL SEÑOR

TEXTO
46

Sólo se necesita prestar atención a la frecuencia y a la insistencia con que su voz, de verdad y sabiduría eternas, hace constar que sus apóstoles y discípulos no lo comprendieron. Más aún, que no podían comprenderlo; que recién comprenderían al Señor en su originalidad, en su misión y en su doctrina, cuando el Espíritu Santo viniera sobre ellos para glorificarlo, introduciendo a los suyos en el conocimiento más profundo de la verdad que él ya les había anunciado, sin haber encontrado en ellos el medio apropiado para captarla.

Así nos dice, por ejemplo, san Juan: “Esto no lo comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en cuenta de que esto estaba escrito sobre él

y qué era lo que le habían hecho” (Jn 12,16). En la ocasión en que el Señor lava los pies de sus apóstoles, Pedro escucha la advertencia: “Lo que yo hago, no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde” (Jn 13,7).

El Señor señala su evidente ceguera a Felipe, la cual lo había mantenido confuso durante largos años: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí ha visto a mi Padre. ¿Cómo dices tú: muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que os digo no las digo por mi cuenta; el Padre que permanece en mí es el que realiza las obras” (Jn 14, 9 ss). (*Gedanken zur juristischen Bindung der Marienschwestern*, 1962)

TEXTO EL ESPÍRITU SANTO ILUMINA A LOS DISCÍPULOS

47 Lo que Felipe no captó en ese entonces, le fue regalado en abundancia más tarde, después de la resurrección del Señor, por medio de la venida del Espíritu Santo.

Algo similar le ocurrió a Tomás. Recién después de que pudo introducir sus manos en las heridas del maestro, brilló en él, en forma nueva, la luz de la fe (cfr. Jn 20,27-29). Pero tanto para él como para todos los apóstoles y discípulos, la “claridad del sol” llegó recién después de Pentecostés.

Especialmente clara aparece la mencionada ley respecto del primer Papa, Pedro. En una hora solemne, él había proclamado su fe valientemente, en nombre de los demás apóstoles, al responder a la pregunta del maestro: “¿Qué piensan ustedes del Hijo del Hombre?”, diciendo: “Tú eres Cristo, el Hijo del Dios vivo” (Mt 16,16). Pero hasta dónde esta decisión de fe, este credo, estaba arraigado interiormente en su alma, se demostró en la facilidad con que Pedro niega a su Maestro, cuando una sirvienta lo pone en apuros (cf Mt 26,69-75). El Señor le había atestiguado a Pedro, al proclamar éste su credo, que ni la carne ni la sangre sino el Padre que está en el cielo había encendido en él la luz de la fe. Sin embargo, la piedra tuvo que esperar la venida del Espíritu Santo y recién entonces su fe se volvió

sólida como roca, recién entonces pudo fortalecer a sus hermanos en la fe y dar su vida por ellos.

Es sabido que el centurión que estaba junto a la cruz, después de la muerte del Señor, experimentó una conmoción interna y reconoció con toda franqueza: “Realmente éste era Hijo de Dios” (Mt 27, 54). La trascendencia de esta confesión tan sorprendente permanece, sin embargo, encubierta para él. En ese entonces, él no distinguió ni confesó en el Crucificado al Dios de Dios, al Dios verdadero de Dios verdadero. No distinguió en él la luz verdadera que había llegado al mundo ni tampoco distinguió al Hijo Unigénito del Padre, que es una sola esencia con el Padre y al mismo tiempo se diferencia de él en cuanto persona ¿Cómo podría haberlo comprendido? Ni siquiera los mismos que se sentaron a la mesa con el Señor y que comieron del mismo plato tenían una comprensión tan clara de su fe. Primero, tenía que venir el Espíritu Santo; recién entonces fue posible comprender al Señor en toda su grandeza e inclinarse ante él como creyentes, en adoración. Ésa era la glorificación que el Señor esperaba del Espíritu Santo para su persona.

Tampoco debe olvidarse que la escena de Emaús está inspirada también por las mismas leyes luminosas y que, sólo a partir de ellas, puede ser bien comprendida.

Mientras el Señor va de camino y conversa con sus discípulos, mientras está con ellos, no es reconocido. Recién cuando él los deja, se dan cuenta de quién es aquél que habían encontrado y que él se había dejado reconocer sólo al partir el pan (Lc 24,13-35). Ejemplos de esta categoría o similares hay muchos en la vida del Señor Jesucristo y de sus apóstoles. Ellos apuntan claramente hacia la ley ya descrita y la hacen comprensible. (Studie, 1952/53)

LA CERCANÍA DEL DIOS PROVIDENTE EN MARÍA

Pero la sabiduría paternal de Dios avanza aún un paso más. En el Hombre-Dios vemos, y a veces experimentamos, una incomprensible y misteriosa tensión de opuestos, que en él se

asocian en una divina unidad en un nivel que resulta incomprendible para la escasa razón humana. Si bien se nos presenta, en ocasiones, humanamente cercano a través del calor y la fuerza de sus nobles inclinaciones humanas, hay situaciones y momentos en que nos estremecemos y temblamos en su presencia ante su divina lejanía.

En tales momentos resuenan para nosotros, desde la cruz, sus palabras: *Ecce Mater tua*³⁸. La Santísima Virgen, su permanente Compañera y Colaboradora en toda la obra de la Redención, es totalmente humana, solamente humana: es y permanece la *Mater misericordiae*³⁹. Así como era ella aquí en la tierra, representante de lo auténticamente humano, especialmente cuando él acentuaba la lejanía a través de una divina inexorabilidad e inaccesibilidad, como, por ejemplo, en la pérdida del Niño en el templo, a los doce años, o en las bodas de Caná, o cuando, con conmovedora solicitud maternal, quiso defenderlo de los ataques de sus enemigos y llevarlo de vuelta a Nazaret. Así también desde su ascensión al cielo, donde tiene voz y voto en el Consejo del Dios trino, ella es garantía, en estos mismos casos –dicho nuevamente de manera humana– de que, a pesar de la soberanía divina, seremos tratados humanamente.

La ley del gobierno mundial, que san Juan Crisóstomo⁴⁰ expresa en la siguiente fórmula: “Es costumbre de la misericordia divina dar a sus servidores el honor de que, a través de ellos, otros se salven”, puede aplicarse en forma espacialísima a aquella que hemos llamado *vida, dulzura y esperanza nuestra*.

El cardenal Faulhaber agrega:

Dios no colgó sus gracias de las estrellas del cielo; de ahí no podríamos bajarlas. Dios no sumergió sus

38 He ahí a tu Madre.

39 Madre de la misericordia.

40 Juan Crisóstomo o de Antioquia (347-404), patriarca de Constantinopla, es considerado por la Iglesia católico-romana uno de los cuatro Doctores de la Iglesia del Oriente.

gracias como perlas en el fondo del mar; de ahí no podríamos extraerlas. Dios puso sus gracias en manos maternas, porque las manos maternas están siempre prontas a repartirlas a raudales.

Al hijo y apóstol de la Providencia no le basta con ver, mostrar y enamorarse de estos rasgos humanos en la figura del Salvador y de María; quiere también referirlos a Dios Padre en forma sistemática y consciente.

Lo que sabemos de la sicología y pedagogía de las ideas directrices, se realiza aquí en forma práctica. La forma cómo normalmente un pensamiento se transforma en idea central y nuclear y en vivencia central, debe ser cuidadosamente tenida en cuenta... La importancia de la fe en la Providencia, con la fuerte centralización en el Padre Dios, justifica ampliamente, para nuestra época, el esfuerzo desplegado. Así, no queremos descansar hasta que, con los nuestros, podamos repetir con toda el alma las palabras de san Pablo: "Doblo mi rodilla ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef 3,14). Éste debe ser también el sentido de nuestra pedagogía mariana, así como se ha desarrollado y mostrado eficaz en Schoenstatt. (*Studie*, 1952/53)

3. Consideraciones de orden teológico

El P. Kantenich trae a consideración la definición tomista de la divina Providencia: *ratio ordinis in finem ultimum*. Es decir, el ordenamiento racional al último fin. El Dios Creador y Redentor tiene un plan de amor, que lleva a cabo en el amor, y ese plan contempla nuestra meta final: alcanzar lo que Dios previó en su sabiduría divina para cada uno de nosotros.

El P. Kantenich profundiza el hecho de que el Dios, que diseñó ese plan y previó esa meta, es un misterio imposible de abarcar con nuestra pequeña mente de criaturas. Si pudiéramos comprender a Dios, ya éste dejaría de ser Dios.

Ahora bien, Dios, que es un misterio en sí mismo –un misterio de amor– conduce y gobierna el mundo. Nos conduce a cada uno a una meta que nos trasciende, que sólo él conoce plenamente. Y nos conduce de un modo misterioso, por ser quien es: un Dios que nos sobrepasa infinitamente, que es enteramente diferente a nosotros. Sin embargo, él nos regala la luz suficiente –la luz de la fe– la cual nos permite husmear y rastrear sus designios y caminar por los caminos por los cuales él quiere conducirnos.

El P. Kentenich quiere dejar en claro, en este contexto, la oscuridad que entraña siempre nuestra fe. Dice:

Debemos, pues, contar en nuestra vida sencillamente con cosas incomprensibles, con oscuridades, con confusiones, misterios, trátase de nuestra propia persona, trátase de nuestra comunidad o de todo el acontecimiento universal. Nunca debemos olvidar que nuestra vida, nuestra conducción de vida, nuestro destino, permanecerán en la oscuridad hasta la resurrección beatífica”.

TEXTO ORDENACIÓN A UN FIN ÚLTIMO

49 Para poder decir algo respecto de la fe en la Providencia, desde la perspectiva dogmática, lo mejor que podemos hacer es ir, por un momento, a la escuela de santo Tomás⁴¹. Él define la Providencia divina así: *ratio ordinis in finem ultimum*⁴².

La Providencia supone al Dios previsor y provisor; al Dios que se preocupa y que cuida de nosotros. ¿Qué es, entonces, la Providencia divina? La respuesta es: *ratio ordinis in finem ultimum*.

⁴¹ Santo Tomás de Aquino O.P. (1225-1274), filósofo y teólogo medieval. Máximo representante de la tradición escolástica, doctor de la Iglesia y padre de la Escuela Tomista. Su obra más conocida es la Suma Teológica,

⁴² Un ordenamiento racional al fin último. La justificación del orden es el fin último. Lo que da sentido a un acontecimiento es su fin último, es decir, en la conducción providente, los acontecimientos se entienden sólo a partir del fin último, trascendente, que es la vida eterna.

Nos detenemos aquí un momento. *Ratio ordinis* quiere decir la conducción de todas las cosas, en especial la ordenación de los seres espirituales, hacia un fin último. Esto lo quiero explicar a manera de una conversación, seleccionando aquellas ideas que son de importancia para nosotros en el momento que vivimos.

(Primera consideración:) Los caminos de Dios son siempre difíciles de comprender. ¿Por qué? Porque Dios en sí mismo es incomprensible. Por eso sus caminos también son incomprensibles. Casi me atrevería a decir: si comprendiésemos todo lo que hace el Padre Dios, hasta en lo más íntimo, querría decir que él ya no es Dios. Lo habríamos reducido simplemente a un plano humano. Él es *totaliter aliter*. Es el Totalmente Diferente. Esta expresión tiene un significado profundo. No digo estas cosas en el sentido de que él sea diferente en todo, porque él nos ha hecho participar de sus perfecciones en muchas cosas. Más todavía, nos ha hecho compartir, de manera misteriosa, su ser y su dignidad. Por eso, aquí y allá, se encuentran puntos de contacto, puntos de comparación. Pero también, por otra parte, vale la afirmación: si él es realmente el ser infinito, entonces, su actuar, su gobierno del mundo, en muchos aspectos, tienen que sernos completamente incomprensibles.

Segunda consideración: Si tratamos de penetrar más en el significado de esa definición: *ratio ordinis in finem ultimum*, tomando en cuenta especialmente que el Señor ya ha redimido a este mundo, tenemos que reconocer que el fin último es un fin trascendental, que consiste en una participación original de la visión beatífica. Y porque este fin está totalmente oculto y sumergido en el otro mundo, porque el fin es una contemplación y visión original de Dios, es claro que, mientras permanezcamos en esta tierra, nunca podremos llegar a comprenderlo enteramente.

Si recordamos y mantenemos siempre firme la fe en que Dios gobierna el mundo y me gobierna también a mí, que Dios

conduce al mundo y también me conduce a mí, para que yo pueda alcanzar aquel fin especial que él ha señalado para mí desde toda eternidad, puedo imaginarme, entonces, cuánta oscuridad deberá haber en mi vida. Oscuridad para mi razón, oscuridad para mi pensamiento religioso y también oscuridad para un pensar sobrenatural. Oscuridad, mientras caminamos a la luz de la fe.

Imaginémonos haber tenido una visión. Aun entonces se puede presentar la duda: ¿fue una visión verdadera? ¿Se trata de algo realmente extraordinario? Tenemos que enfrentar el hecho de que nuestra vida, la conducción de nuestra vida, el gobierno de nuestra vida, los destinos de la vida, siempre estarán como rodeados de sombra, mientras no lleguemos al día de la feliz resurrección.

Por eso, sea que se trate de nuestra propia persona, de nuestra comunidad o de todo el acontecer histórico universal, tenemos que contar sencillamente con oscuridades, con incom-

prensiones, con momentos que no podemos explicar. (*Desiderio*

Desideravi, 1963)

TEXTO 50 DIOS HA FIJADO UN FIN PARA NUESTRAS VIDAS

Creyendo, como creemos, que Dios es el ser infinitamente inteligente, tenemos que dar por sentado que él ha fijado, desde toda eternidad y para toda eternidad, un fin para nosotros, que corresponde exactamente a nuestras predisposiciones. El si las conoce perfectamente. Nosotros apenas las vislumbramos.

Volvemos a insistir. Si Dios es el ser infinitamente sabio, como lo es, entonces no hay duda de que nos ha regalado las predisposiciones que corresponden al fin original de nuestras vidas.

Fin y predisposiciones.

(Tercera consideración) Ahora viene un tercer punto, que se refiere al fin y a la conducción de nuestras predisposiciones. Todo lo que hace el Padre Dios, todo, absolutamente todo, está adaptado cada vez a estas predisposiciones y quiere, aun-

conduce al mundo y también me conduce a mí, para que yo pueda alcanzar aquel fin especial que él ha señalado para mí desde toda eternidad, puedo imaginarme, entonces, cuánta oscuridad deberá haber en mi vida. Oscuridad para mi razón, oscuridad para mi pensamiento religioso y también oscuridad para un pensar sobrenatural. Oscuridad, mientras caminamos a la luz de la fe.

Imaginémonos haber tenido una visión. Aun entonces se puede presentar la duda: ¿fue una visión verdadera? ¿Se trata de algo realmente extraordinario? Tenemos que enfrentar el hecho de que nuestra vida, la conducción de nuestra vida, el gobierno de nuestra vida, los destinos de la vida, siempre estarán como rodeados de sombra, mientras no lleguemos al día de la feliz resurrección.

Por eso, sea que se trate de nuestra propia persona, de nuestra comunidad o de todo el acontecer histórico universal, tenemos que contar sencillamente con oscuridades, con incomprendiones, con momentos que no podemos explicar. (*Desiderio Desideravi*, 1963)

TEXTO 50 DIOS HA FIJADO UN FIN PARA NUESTRAS VIDAS

Creyendo, como creemos, que Dios es el ser infinitamente inteligente, tenemos que dar por sentado que él ha fijado, desde toda eternidad y para toda eternidad, un fin para nosotros, que corresponde exactamente a nuestras predisposiciones. Él sí las conoce perfectamente. Nosotros apenas las vislumbramos.

Volvemos a insistir. Si Dios es el ser infinitamente sabio, como lo es, entonces no hay duda de que nos ha regalado las predisposiciones que corresponden al fin original de nuestras vidas. Fin y predisposiciones.

(Tercera consideración) Ahora viene un tercer punto, que se refiere al fin y a la conducción de nuestras predisposiciones. Todo lo que hace el Padre Dios, todo, absolutamente todo, está adaptado cada vez a estas predisposiciones y quiere, aun-

que por caminos oscuros y muy oscuros, ordenarnos y conducirnos hacia ese fin trascendental y original.

Repito: si hacemos nuestras estas ideas y consideraciones, nos parecerá la cosa más natural del mundo el que tengamos que caminar, a la luz de la fe, siempre en la oscuridad. Para nosotros, será la cosa más natural del mundo que los cálculos que hacemos nosotros mismos, es decir, los planes propios, las determinaciones propias, nunca lleguen a madurar enteramente. Es evidente que el Padre Dios hace muchas cosas que nosotros no comprendemos.

Se cuenta de un profesor que pidió a un niño que cambiara al pasado el dicho popular: “El hombre propone y Dios dispone”. ¿Cómo se diría eso, en pretérito? Y el niño, a su manera, respondió: “El hombre proponía y Dios se reía”. Comprenderemos el tono de esta historia. Naturalmente, el niño no entendía bien de qué se trataba. En resumen, de todo aquello que nosotros pensamos cuando confiamos en nosotros mismos, de todas las cosas que nos presenta nuestra fantasía, de los castillos que edificamos en el aire, o aun cuando, como hombres razonables y de ideas originales, pensamos en las cosas que tenemos que hacer –eso de suyo no está malo, por algo Dios nos ha dado la inteligencia– cuántas veces tenemos que decir después: ¡Las cosas que se me ocurrieron! El hombre proponía y Dios se reía. ¿De qué se reía? De las tonterías que empezábamos a cocinar. Creo que conviene que les vuelva a repetir: Cuando quieran comprender, un poquito al menos, en líneas generales, el por qué de tanta oscuridad, recuerden estos dos pensamientos: Dios en sí mismo es el ser incomprendible, por eso sus caminos también son incomprendibles. (*Desiderio Desideravi*, 1963)

NUESTRO FIN ÚLTIMO ESTÁ EN EL CIELO

Nuestro fin último no está en la tierra, está en el cielo. ¿Y quién de nosotros sabe algo de la visión beatífica? ¿Quién puede decir que sabe algo con seguridad de cómo esa visión ha sido pen-

sada para mí personalmente, en qué grado y de qué manera? Si se considera esto, entonces se hace absolutamente evidente que mi naturaleza, que mi camino de vida, que el camino de vida de toda la humanidad esté rodeado de oscuridad y que conduzca a un fin rodeado de oscuridad. Por eso, volvamos a repetirlo: *Ratio ordinis in finem ultimum*.

Habiendo escuchado a santo Tomás en su definición, podemos decir que la fe en la divina Providencia es fe en que Dios Padre ordena todo lo creado, en especial al hombre, hacia su fin último. Eso también acontece con los ángeles, con todos los seres espirituales.

¿Cómo hemos cultivado este pensamiento en el correr de los años, de los decenios? ¿Cómo lo hemos expresado?

Lo hemos expresado en dos formas, con dos pensamientos: la primera es la fe sencilla en que el Padre Dios ha trazado un plan desde toda eternidad y solemos agregar que éste es un plan de sabiduría, de amor y de omnipotencia. Un plan trazado desde toda eternidad. Por eso, no es algo casual lo que sucede en nuestra vida. Hay un plan trazado. Un plan que abarca a toda la humanidad, a todas las creaturas, a todos los ángeles. Ese plan está inspirado en la sabiduría divina, en el amor divino, en la omnipotencia divina. Éste es el primer pensamiento. En otras palabras, para la fe no hay casualidades. Esto, por lo tanto, implica un rechazo, una protesta contra todo aquello que niegue o no tome en cuenta esta actividad de Dios en la planificación del mundo, de la humanidad y de los hombres.

Segundo pensamiento: Lo que el Padre Dios ha planeado, lo que ha previsto, lo va realizando en el correr del tiempo con una precisión maravillosa, hasta en las cosas más pequeñas y en sus últimos detalles. Luego, las cosas no suceden así como así. Todo viene de la sabiduría y bondad de Dios. Nuestro Señor, que sabía exponer estas cosas con tanta fuerza, llega incluso a afirmar que, desde el comienzo, desde toda eternidad, está también considerado el hecho de que uno, dos o

más de nuestros cabellos se caigan de nuestras cabezas. ¡No es posible expresar estas verdades en un estilo más llano! Ni siquiera podemos agregar, decía el Señor, ni un codo a nuestra estatura, por mucho que nos preocupemos, por mucho que quisiéramos lograrlo. Todo está tal cual el Padre Dios lo ha querido y previsto.

Y otra vez: ¿cómo traducimos a nuestra manera la definición de Santo Tomás? Pienso que ya no necesitamos repetirla. Ahora me permitirán que converse de estas cosas de una manera más sencilla, con un lenguaje más popular. Estoy seguro que el concepto está claro. Guardini afirmaba en una ocasión: la Providencia para nosotros está muerta si solamente la pensamos en la cabeza.⁴³ (*Desiderio Desideravi*, 1963)

LA INCOMPREENSIBILIDAD DE NUESTRA META FINAL

TEXTO
52

La meta final es una meta del más allá; es la participación original en la *visio beata* (visión beatífica) y, por estar esa meta totalmente cubierta y oculta en el otro mundo, *nunca* nos será comprensible inmediatamente en esta tierra.

Al afirmar: Dios rige el mundo, Dios me rige a mí, Dios conduce el mundo, Dios me conduce; además, Dios me conduce de manera que yo logre esa meta que él tiene preparada para mí desde toda eternidad y para la eternidad, entonces vislumbro cuánta oscuridad debe haber en mi vida, también en mi pensamiento, igualmente en mi pensar religioso, en mi pensar sobrenatural. Es como si hubiésemos tenido una visión determinada y luego queda siempre la duda, ¿fue realmente una visión? Debemos, pues, contar en nuestra vida sencillamente con cosas incomprensibles, con oscuridades, con confusiones, misterios, trátase de nuestra propia persona, trátase de nuestra

⁴³ “El misterio de la Providencia permanece muerto si sólo lo pensamos. Se hace realidad cuando actuamos”. Romano Guardini, (1885-1968), vivió la mayor parte de su vida en Alemania. Fue uno de los líderes de los movimientos espiritual e intelectual que desencadenaron después las reformas aprobadas por el Concilio Vaticano II.

comunidad o de todo el acontecimiento universal. Nunca debemos olvidar que nuestra vida, nuestra conducción de vida, nuestro destino, permanecerán en la oscuridad hasta la resurrección beatífica. (*Aus dem Glauben leben*, 1962)

TEXTO
53 TODO LO QUE SUCEDE ES UN DON Y REQUERIMIENTO
DE AMOR DE DIOS

¿Qué significa para nosotros tener fe en la Providencia? Todo lo que sucede en nuestra vida es un don de amor y un requerimiento de amor de Dios. Este pedido de amor que nos hace Dios exige de nosotros una respuesta de amor. Si miramos el acontecer mundial y nuestra vida personal sólo con una mirada terrenal, no podremos dar esta respuesta. Ella es sólo posible si llegamos a ser nuevamente hijos, heraldos, héroes de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. Nunca deben pasar esto por alto, ni al enseñar a otros ni cuando, como familia, se sienten en torno a la mesa familiar. (*Vortrag für das Familienwerk*, 1966)